

El “boom” del canto gregoriano

Un fenómeno que sorprende a propios y a

hasta hace poco presidente de la sociedad Española de Musicología.

Para centrar mejor este fenómeno, bueno será que hagamos un — forzosamente breve y escueto— resumen de lo que significa el canto gregoriano en la historia de la música, y en la música religiosa. Adelantemos que, si se entiende por música religiosa la escrita para ser interpretada en las iglesias, habría que distinguir entre la puramente litúrgica, como es sin duda el canto gregoriano, y el resto — copiosísimo— del que destacaremos principalmente la obra organística, cuya "religiosidad" es simplemente circunstancial por estar los órganos generalmente instalados en los templos, cuya más amplia reverberación acústica ha sido bien tenida en cuenta por los compositores, razón por la cual su encanto decae en las salas de

**RAMÓN
GONZÁLEZ
DE AMEZUA***

«La monodia eclesiástica tiene su origen en las tradiciones judías, grecorromanas y bizantinas, como música imbricada en el culto de forma inseparable. Esta música puramente vocal es la única aceptada por los Santos Padres, que abominan de la música instrumental del mundo antiguo que generalmente acompañaba a la danza.»

*Presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

concierto y auditorios, proyectados para una acústica de más reducidos vuelos.

La monodia eclesiástica tiene su origen en las tradiciones judías, grecorromanas y bizantinas, como música imbricada en el culto de forma inseparable. Esta música puramente vocal es la única aceptada por los Santos Padres, que abominan de la música instrumental del mundo antiguo que generalmente acompañaba a la danza. Tal primitiva monodia atraviesa los siglos, y ya en el VI San Gregorio Magno le da su unidad y la codifica; de lo que viene su denominación de "canto gregoriano". La notación primigenia se basará en el "neuma", signos gráficos de origen bizantino que representan la línea melódica; posteriormente aparecerá el tetragrama —padre del pentagrama actual— y, ya entrado el segundo milenio, Guido de Arezzo crea el "ars solfandi" y bautiza a las notas de la escala musical con las sílabas iniciales del himno de San Juan. (Por cierto, que el "do" —tomado de la segunda palabra del himno— es en realidad "ut", como siguen empleando hoy en día en Francia). La tradición de la música exclusivamente vocal es conservada por la Iglesia Ortodoxa, que no tiene órganos en sus templos, ni admite ningún otro instrumento. Si a lo dicho añadimos que la sucesión de notas (do, re, mi, fa, sol, la, si) es diatónica, es fácil deducir que el canto gregoriano es el origen de la música occidental, la que en nuestra época se ha adueñado sin discusión de todo el orbe culto, incluyendo a culturas bien distintas de la nuestra, como puede ser la japonesa.

A todos, la escala diatónica nos parece lo más natural del mundo, pero los oídos orientales lo "veían" de otro modo: a fines del XVIII el rey de Inglaterra envía como presente al Emperador de la China un precioso clavicémbalo. Los chinos, al probarlo, lo encontraron muy extraño, y se apresuraron a desafinarlo concienzudamente dejándolo hecho una pena. Vemos pues que el canto gregoriano lo tenemos impreso en la memoria colectiva desde hace muchos siglos.

Después del canto gregoriano llegó la polifonía que se expresaba bien vocalmente, bien en el órgano, que a partir de la alta Edad Media empieza a poblar las iglesias, transformando aquel pequeño instrumento casero de los romanos en los imponentes y monumentales en su aspecto y riquísimos en sus posibilidades musicales que ya a partir del siglo XVI alcanzarían su forma actual. Llegaron luego los conjuntos instrumentales, las orquestas —que continuamente crecen en su composición—, la música que por contraposición se llamó "profana" y que se extiende por toda la

«Después del canto gregoriano llegó la polifonía que se expresaba bien vocalmente, bien en el órgano, que a partir de la alta Edad Media empieza a poblar las iglesias, transformando aquel pequeño instrumento casero de los romanos en los imponentes y monumentales en su aspecto y riquísimos en sus posibilidades musicales que ya a partir del siglo XVI alcanzarían



sociedad hasta llegar a nuestros días, cumpliendo ese mandato de la naturaleza que tiende constantemente a una mayor complejidad.

Complejidad creciente en todos los órdenes de la vida; complejidad cada vez más difícil de aprehender en sus variadísimos aspectos, complicada por la aceleración de la historia y por los vertiginosos avances científicos y tecnológicos. Baste echar una ojeada al principio de nuestro siglo XX y comparar a aquella sociedad con la nuestra. Esta aceleración intranquiliza y desasosiega ya que hay que estar en constante adaptación, mientras que el horizonte más allá de unos pocos años apenas si se puede divisar. Si los mayores estamos naturalmente inquietos, para la juventud la situación es angustiosa, y su inseguridad, creciente. Por ello no es de extrañar, como veremos, que un mensaje de paz y de tranquilidad, expresado en formas puras y sencillas, y basado en los elementos más instintivamente reconocibles de nuestra cultura, tenga una gran acogida, especialmente en nuestros jóvenes, que son los grandes consumidores de la "música enlatada" que ha alcanzado una difusión ya de masas en contraste con el disco de 78 revoluciones, e inclusive con el de vinilo de 33 r. ya moribundo, desterrado por las casetes y los compactos CD.

En este sentido, podemos citar la opinión del gran director alemán Harnoncourt, mundialmente conocido por la fidelidad histórica de sus interpretaciones realmente admirables: "...asistimos actualmente a un proceso de secularización de nuestras sociedades. Está de moda no ser religioso. Hay que tener en cuenta que la música no es sólo técnica. A pesar de eso, la gente busca una trascendencia en el arte que tiene bastante de religiosa. El gregoriano tiene un punto en común con la cultura oriental y occidental. Es un lugar común que no tiene ni principio ni fin. Puede considerarse como el espejo de un mundo perturbado y convulso en el que todo es posible...."

Para Harnoncourt, se trata de un "tema filosófico" muy interesante.

Ciertamente hemos de distinguir entre la música "seria" que tiene una dimensión que podríamos considerar trascendente, y la música antes llamada "ligera" o de simple entretenimiento. Este tipo de música —de músicas, diríamos, por su gran variedad— está señalada en las tiendas de discos alemanas con el rótulo de "Unterhaltung musik", lo que podríamos traducir libremente como "Música inferior". Antiguamente esta música era la popular, que poco tenía de inferior: nos fue legada por el riquísimo folklore de los países europeos. Grandes compositores como Tchaikowski, Bela Bartok, Falla, etc. la

«Esta aceleración intranquiliza y desasosiega ya que hay que estar en constante adaptación, mientras que el horizonte más allá de unos pocos años apenas si se puede divisar. Por ello no es de extrañar que un mensaje de paz y de tranquilidad, expresado en formas puras y sencillas, y basado en los elementos más instintivamente reconocibles de nuestra cultura, tenga una gran acogida, especialmente en nuestros jóvenes.»



incorporaron a sus obras en el llamado "nacionalismo musical". En el siglo XIX los vales, las operetas, las zarzuelas tenían y tienen gran calidad. En el XX el jazz, muchas veces seductor; también citado en sus obras por grandes compositores. ¿En nuestros días? el panorama no puede ser mas desolador. Si exceptuamos a los "Beatles", que en algún modo recordaban a los virginales ingleses, el "Rock" y la "Pop" nos horrorizan a los músicos,. Ritmos frenéticos y repetitivos, pobreza instrumental, voces desgarradas y descolocadas, espantosos altavoces que nos sirven toda esa papilla con un nivel de decibelios insoportable, causa ya frecuente de sorderas juveniles; en suma, la antimúsica por excelencia. No será ocioso señalar que, al llegarnos esos sonidos a través de amplificadores electrónicos y altavoces, sólo percibimos una envolvente, un "totum revolu-tum" que ni siquiera ha tenido un origen de mínima calidad.

Como diría Harnoncourt, se trata de un "tema filosófico" vista la otra cara de la moneda. Hemos de confesar que el fenómeno nos resulta incomprensible, y enfrentado con el indudable —aunque insuficiente— progreso de la cultura musical de nuestro tiempo. Hay sociólogos que también se han preocupado por este asunto, y alguno compara la inmersión acústica —excluyente por su potencia— y el ritmo igual y repetido, como una sensación parecida a la del feto en el seno materno percibiendo los latidos del corazón. Un poco traída por los pelos esta explicación..., podrían buscarse otras menos sofisticadas.

Como esta "música" es la que atruena en las innumera bles discotecas y la que reúne multitudes en plazas de toros, y la que mueve ingentes sumas de dinero creando nuevos Cresos, a veces efimeros, no cabe duda que, querámoslo o no, es un fenómeno que puede representar al mundo "perturbado y convulso" que nos ha tocado vivir. Y como contraste, como descanso, busquemos la serenidad y la paz en las melodías puras y arrítmicas del canto gregoriano. También podemos ofrecer otra explicación: ha sido para muchos una sorprendente y agradable "novedad", ya que el canto gregoriano estaba arrinconado "de facto" a raíz del Concilio Vaticano II, que sustituyendo a las severas moniciones de San Pío X sobre la música en las iglesias, abrió la puerta a la lamentable situación que todos podemos padecer: canciones indigentes, guitarras empobrecidas, y que no falten los altavoces. Estemos seguros de que dicha producción no será objeto en el siglo XXVII de la edición de un CD (o de lo que para entonces hayan inventado) que cautive a nuestros descendientes.

«Ha sido para muchos una sorprendente y agradable "novedad", ya que el canto gregoriano estaba arrinconado "de facto" a raíz del Concilio Vaticano II, que sustituyendo a las severas moniciones de San Pío X sobre la música en las iglesias, abrió la puerta a la lamentable situación que todos podemos padecer: canciones indigentes, guitarras empobrecidas, y que no falten los

